Inquilino (Numancia 9, 2º A)

de

Paco Gámez

(fragmento)

- 30

INQUILINO
Ahora, justo ahora, va a ser 31 de mayo.
Siempre nos pilla todo por sorpresa, los animales se barruntan las cosas, yo no.
Parece un día cualquiera este miércoles, ¿verdad?
Durante la clase: "Madrid es en Europa", "yo soy cansado", "estamos calor"; no he sospechado nada. Bajo en el ascensor las siete plantas del edificio de oficinas sin olerme lo más mínimo. Acabo de tener una clase con Harry. Él desprecia nuestro idioma, pero la empresa le paga las sesiones y así se libra de una hora de curro. A mí me viene de perlas. Cruzo el umbral del 123 de la calle Fuencarral a las… 13.17, lo acabo de mirar en el móvil. En la esquina de la pantalla, entre otros iconos, hay uno que es un sobrecito negro. Mientras ando calle abajo, torpemente, mis ojos corren ágiles por la pantalla.
Ese sobre insignificante, ese símbolo opaco, es el inicio de todo esto. El disparo de salida. Deus ex machina.
No puede ser. ¿Cómo?
Me detengo en mitad de la acera.
Tomo una bocanada de aire espeso y apago el móvil.
Sigo andando hasta la calle Farmacia. Llego tarde, pero da igual. Entro en el vestuario, me cambio rápido y me sumerjo por la escalera de metal. El agua está tibia como siempre, parece un día normal.
Seis largos de brazas.
Seis de espalda.
700. 700-420… 280 es...
Dejo de hacer cuentas porque los que nadan detrás de mí chocan con mis pies.
12 de crol, respirando cada tres brazadas.
300 es el doble.
¿Cómo cojones?
Es un 50% más.
Mañana es 1 de junio.
¿Es un 75% más?

Se oye un grito eufórico y un cuerpo que cae brusco al agua,
silbidos agudos y al fin silencio.
Al rato, el inquilino se enjabona.

Estoy en las duchas de la piscina pública *San Antón* en la calle Farmacia.
600 serían un 50% más. 420, el 50% es 210. 630.
Un calvo no deja de mirarme. Me la suda. Le doy la espalda.
¿Es un 75% más?
Siempre hay alguien mirándote la polla en estos vestuarios.
El agua está helada.
El socorrista se asoma y pregunta:

X
¿Estás bien?

Sí. Estoy bien.

X
¿Necesitas ayuda?

Estoy bien, repito.
Insiste porque hace diez minutos yo estaba rígido en el fondo de la piscina. Yo era una roca bajo el agua. El cloro en los pulmones. Los dientes contra las teselas azules.

X
¿Por qué has/

Quería nadar.

X
Está prohibido tirarse a la piscina.

Lo sé.

X
¿Entonces?

¿Qué?

X
¿Qué te ha pasado para tirarte así?

Lo siento. No me he dado cuenta.

X
¿Te escuece?

Estoy bien.
Salgo de las duchas. El calvo se asoma rápido. Me la suda.
Me seco y me visto. Guardo las aletas, la toalla, el bañador, las gafas de bucear y el candado en la mochila. Ando en zigzag de vuelta a casa.
Camino durante 22 minutos hasta que llego al nº 9 de la calle Numancia, subo los 47 peldaños irregulares, ahora sé que hay 47 peldaños, y abro la puerta A de la segunda planta.
Perdón, hago ahora un inciso. La calle real se llama Medellín, está al lado del metro Iglesia. Aquí la llamo Numancia porque quiero, para elevar esto un poco. Pero mi casa, alquilada, está en la calle Medellín, barrio de Chamberí, castizo y rancio. Ahí es donde llego ahora, ¿vale? Calle Numancia, 9, 2º A. Pongo la cafetera en la hornilla eléctrica. Me miro el chichón en el espejo del baño. No tengo alcohol ni algodón así que me echo colonia en la heridita. Enciendo el móvil. El email sigue en mi bandeja de entrada. No vuelvo a leerlo. No lo borro, pero no lo vuelvo a leer.

Cuelgo el bañador, la toalla y el gorro en la barandilla del balcón. Nada va a cambiar.
Tomo el café mirando a la calle, viendo cómo gotean las prendas mojadas.
El café no consigue quitarme el sabor a cloro de la garganta.

- 29

1 de junio: llevo el día haciendo como si nada.
He salido a comprar unas cosas al súper de la esquina. He cocinado. Bueno; una tortilla con jamón de york y un tranchete. He pensado en llamar al teléfono del email pero no lo he hecho.
Hoy no tengo clases. Junio es un mes chungo, la gente está cansada. Menos mal que en mayo me he sacado un extra haciendo de payaso/ pirata / príncipe/ futbolista en las comuniones. Sabía que junio sería jodido.
Tendría que haber llamado. Ya es por la tarde y quizá esté cerrado.
Los fines de semana de mayo haciendo flores y perritos con globos/ los niños te empujan o intentan arrancarte el disfraz/ haciendo juegos y bailes/ los padres se ponen tibios de ginebra, los ojos en blanco.
Necesitaba dinero y está claro que ahora más.
Menos mal que no me he gastado lo que tenía ahorrado en el aparato de aire acondicionado.
Cae la tarde y hace calor.
Menos mal que no me gasté los ahorros en un aire acondicionado. Menos mal que el calor ha entrado tarde este año. Menos mal que el verano se ha retrasado y hasta hace unos días era invierno, menos mal. Si llego a comprar yo el aire acondicionado/ Eso sí que hubiera tenido cojones/ Si voy yo al Mediamarkt y me gasto la pasta para refrescar esta madriguera/ Si hubiera instalado yo el aire/
Todavía puedo llamar al teléfono del email. ¿Qué espero?
Los dos balcones están abiertos y sudo.
Doy pasos por la casa, daría zancadas pero no hay espacio/
Si llego yo a instalar el aire… ¿Para qué? Menos mal.
Son 40 m2 construidos. Pero no cabe nada. Hace calor y meto la cabeza en el fregadero. Me doy con el grifo en la nuca.
Los ruidos de la calle entran por el balcón y eso me gusta.
Un niño llora. Un perro ladra. Una pareja se pelea. Un coche pasa. La puerta que se cierra pesada.
El perro ladra fuerte. Parece que está dentro de mi casa.
Me asomo al balcón. Los ladridos no cesan. En el portal nº 12 en la 4º planta un rottweiler, o lo que sea, brama. Un can negro, grande, una bestia de caza me ladra. Me mira y se enfurece. La calle nos separa, pero él patalea mirándome. Gruñe.
¿Qué quieres? Le pregunto mentalmente.
Aúlla y escupe baba.
Lo miro a los ojos y él gira sobre sí mismo sin parar de ladrarme. La dueña sale en camisón: "No seas maleducado, Goofy, entra adentro" y lo mete tras la puerta de cristal. Oigo cómo la dueña regaña al chucho por su poca educación. El pelo se me ha secado y vuelvo al fregadero con cuidado de no golpearme con el grifo. El agua corre por mi espalda y Goofy ladra violento, aún más fuerte.
Sin apagar el grifo corro hasta el balcón y grito ¿Qué? ¡¿QUÉ?!
El perro feroz me responde mentalmente: "LLAMA AL PUTO TELÉFONO."
Entro y suelto la cuerda de la persiana de golpe y quedo tapiado. Cierro las puertas de los balcones y todo es sombra.

Ese animal no ha estado nunca aquí. Llevo tres años en esta casa y es la primera vez que lo oigo ladrar.
La casa hierve.

- 28

Se llama Mercedes, pero aquí se llamará Ofelia. Por preservar su intimidad. Por eso y por lo de las meta-referencias, la intertextualidad y porque lo que pesaba en mi cabeza la arrolló.
Lo que os cuento ahora pasó en la calle Zurita pero, por las mismas razones de antes, muevo la acción a una paralela que se llama c/ Primavera. Era 2 de junio, final de la primavera, y todo encaja. Es primavera, aunque hace años que la primavera se extinguió.
"Me haces daño", me dice. Ofelia es rubia, la más rubia que he conocido. Le pido disculpas y bajo el ritmo.
Me metería entero dentro de ella y no volvería a salir nunca. Eso sí sería un refugio seguro, pienso: tu cuerpo, un bunker cálido.
Cierra los ojos y dejo de ver sus ojos verdes, los más verdes que me han mirado.
Los abre y deja de moverse. Yo aprieto mis párpados fuerte y sigo.

X
¿Estás bien?

Murmura Ofelia.
"Estoy genial".
Me pasa los brazos por la espalda. Me aprieta.
Controlo. Controlo el ritmo.

X
¿Lloras?

¡No!
Hundo mi cabeza en su torso hasta clavarme sus costillas en la frente y la nariz y así dejo de imaginar al perro en el balcón de enfrente.
Le muerdo y sigo.
Sigo. "Esto es lo mejor", le digo a ella. "Esto es lo mejor", repito en silencio. Todo va bien. Me río hasta la carcajada. Consigo terminar y me quedo un rato dentro de ella. Ella está agitada, así que bajo con la cabeza y aprieto sus muslos contra mis oídos. Parece que así silencio los ladridos. Me asfixio contra su carne. Le gusta este juego y acaba. Me lame la cara y yo no puedo moverme. El cuerpo tiembla solo. Miro al techo y ella dice "ahora vuelvo".

X
Vuelvo en seguida.

Su techo es más bajo que el mío. Suena la cisterna y ella vuelve por el parqué y se tumba a mi lado. Me encanta.
El gran danés no deja de ladrar aquí, dentro de mi cráneo. Me mira desnuda y no puedo callarme:

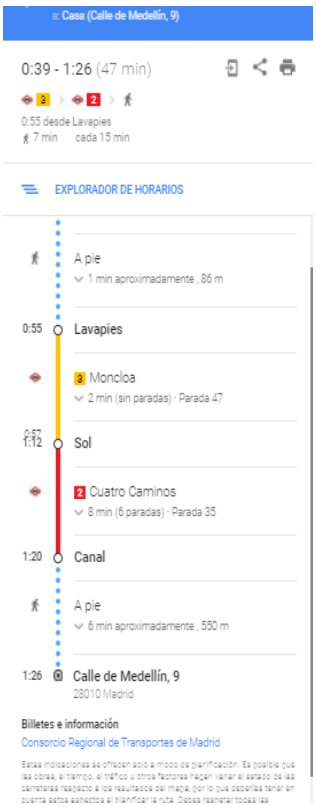
No voy a volver aquí. Yo no quiero dormir aquí más. Esto no es mío. Yo no tengo nada y no puedo estar aquí. No voy a verte más.

X
¿Qué dices?

No tengo nada, tú eres hermosa y yo no tengo nada, por eso no voy a volver aquí. Es mejor ahora que casi no nos conocemos.

X
¿Qué?

Su casa es pequeña y está en Lavapiés. Mientras me pongo las zapatillas, miro el cuadro sobre su mesita: una foto antigua de la Plaza Mayor con un cartel que pone “no pasarán”. “No pasarán” junto al cabecero, tiene gracia. Ella está pasmada, mirándome, pero yo necesito estar en mi casa ya. Tengo que volver ahora. Siete paradas de metro con un transbordo.



Desde la calle miro y no está el perro en el balcón.
Gracias a dios, no está el cancerbero amenazándome de nuevo.
Hoy podré dormir.